

## MI DOCTO EL ALCAIDE

Cuando el imperturbable reloj de la iglesia, todavía en bloques desnudos, marcaba con sonoros campanazos las nueve de la mañana, el desprevenido escritor aprendiz llegaba raudo a la mágica plazoleta de aquel pueblo de calles polvorientas y torcidas donde la vida transcurría sin mucha prisa. De inmediato se asombra al observar la pintoresca estructura arquitectónica rodeada por ensombrecidos tamarindos que soportan increíblemente los latigazos de una brisa recia y caldeada. Frente a la hermosa fachada donde funciona el Palacio Municipal, se dejaba oír claramente como un aldabonazo los nojodas y los carajos de los conductores mamagallistas, quienes acantonados bajo un miserable cobertizo, vociferan una lluvia de palabras que ya ni siquiera escandalizan al transeúnte acostumbrado a la vulgaridad cotidiana de aquellos impersonales.

A pocos pasos, recostados a la carcomida pared de cal y cemento, en una banca donde se asienta la vida pueblerina, se llevaba a cabo una acalorada tertulia de un grupo de ancianos de caras lánguidas y pícaras hablando, como loros en bullaranga, del mismo tema de siempre en franca competencia con el manajo de vendedores ambulantes.

Después de subir los macizos peldaños de una monumental escalera que daba a la segunda planta, nuestro incógnito personaje, fatigado por el trajín de un largo viaje, llega a una anticuada oficina donde un enjambre de personas de pies como miserables estatuas vivientes, esperan su turno. Escudriñando, con la curiosidad de un turista, a través de un orificio de la rudimentaria pared hecha en madera carcomida por los traviesos comejenes y que dividía el recinto, pudo ver al flacuchento y malhablado empleaducho de aspecto primitivo, descargando como un vulgar karateca, un salvaje puñetazo sobre el deteriorado escritorio. Todo porque un anciano de ojos rayados y saltones, a quien le brotan destellos de angustia, parlanchín y morisquetero, de hablar atropellado, obeso y luciendo un sombrero vueltiao, comenzó a soltársele la lengua arremetiendo con un alud de preguntas atrevidas que hacían arrojar chispazos al hombrecillo, hecho un candente hervidero.

Indiferente ante la canícula del tiempo, una esbelta hembra entra por el hueco de la puerta, como un huracán, arrastrando las pícaras miradas de admiración de los machos enamoradizos, que la ven caminando toda coquetona con su andar presumido y que ella agradece con una picantísima sonrisa, pensando veloz y sin previo aviso a la oficina del burgomaestre; de inmediato se forma un tropel espantoso entre los airados visitantes y el mequetrefe encargado de resguardar la entrada.

A poco, aparece un agente de policía armado con escopetón, y de manera loable arremete contra el parecer de los camorristas. El escritor, defraudado por el corrupto e informal comportamiento de aquellos hombres nacidos en una tierra ambivalente, se aleja de aquella habitación con poca ventilación, donde a duras penas un abanico irisado trata infructuosamente de suavizar el calor inclemente que azotaba contra aquella pocilga, caminando rápidamente hacia la salida.

Estando sentado sobre el desnudo bordillo de un destruido sardinel meditando sobre la mala suerte, llegaba a su lado un compadre de boca, quien después de ofrecerle una bolsita de agua, incapaz de matarle el rigor del hambre, le habló a calzón quitao sobre las desdichas y desvanes de su terruño querido.

- Vea mister, se ve a leguas que usted es una persona "letriá", por tal motivo le ofrezco mi aprecio y respeto.

No es n'á echar el cuento compadrito, sino sentirse en carne propia los "mapolazos" de una verdad miserable sobre la desnuda y endeble espalda del inocentón... Oiga con atención plumífero aprendiz; quizá usted no entienda un carajo sobre las vainas y enredos que le estoy comentando, pero ya verá como le desembejuco todo este enredo. No es que yo sea como las viejas de este pueblo, chismosas y malhabladas, pero este recóndito caserío se ha convertido en un infierno desde que el burgomaestre se rodeó de lagartos corbatudos e

indecentes trabajadores. Corrijo!... mamadores de gallo; porque casi nunca hacen un carajo y cuando trabajan es para atracar las arcas de pobre pueblo.

Mire compa'e, ese humano con cara de primitivo tiene pelos en la lengua para cantarle la verdad a cualquier mamarracho; por tal motivo le exijo que plasme en su librucho, que a este pueblo abandonao se lo llevó "mandinga", mejor dicho: la putería de la primera autoridad. Observe usted, mi querido escribiente, a su alrededor y verá que esto huele a hervidero de corruptos donde el chisme y el soborno son los temas del día, un mundo aparte donde el hombre de sanas costumbres, para poder sobrevivir, tiene que poseer una parabólica oreja de loro amaestra'o, una lengua serpenteada y sobre todo un corazón de tortuga que soporte los venenosos latigazos de la traición.-

Luego del breve protocolo, el escritor salió a recorrer a pie las soñolientas callejuelas adornadas con viviendas amontonadas de palma y bahareque, otras de ladrillo, cemento y zinc. En su mayoría con su fachada carcomida por el incesante paso del tiempo.

Se adentran a través de una calle arenosa y solitaria donde lo único que se escuchaba era el cantar de un gallo que ha despertado de su letargo, allá en los patios anegadizos, y la voz estruendosa de un mulato ambulante vendedor de queso, tirando de una destartalada carretilla de ruedas desgastadas por el trajín. Pero la calle no se hallaba deshabitada del todo; en un patio escueto se

dejaba ver un fogón, donde el silencio se apoyaba tranquilamente en la rudimentaria hornilla; una abuela agraciada que no tiene otra alternativa que chismorrear asomándose por la puertucha de cartón curtido por el polvo y el mugre, sale a alimentar a los animales de corral. A la derecha, por el portal de una finca cuyas cercas alambradas estaban cercadas con maderos repetidos, una caravana de burros jarocho regresaban, y sus amos, con el humor característicos del campesino humilde, comentaban las experiencias de la faena, casi siempre matizadas con exageraciones extravagantes.

A poco un muchachito travieso cruza a toda prisa la calzada, estrellándose precipitadamente contra la puerta de una vivienda, donde una pareja de jóvenes enamorados se despedían con ardientes besos y caricias a la vistas del prometido de la hembra.

De regreso a la plazoleta, el escritor se topó con un grupo de borrachines sentados en una banca del parque. Los sabihondos hombrecillos con sus espíritus estropeados al no reponerse a tiempo del trajín de la amanecida, motivados por una férrea disputa de conocimiento, sabiduría y hasta un poco de vanidad y de orgullo propio, divulgaban a boca llena sus dotes de conocimientos sobre hechizos y brujería. El que hablaba en voz alta pronosticaba para mas tarde una tormenta con fuertes brisas huracanadas que inundarían las extensiones de tierras cultivables, los arroyos se saldrían de sus cauces con tanta fortaleza que la gente humilde perdería todo lo que había

logrado en muchos años de sacrificios; y al terminar la inevitable tragedia, los pocos sobrevivientes tendrían que iniciar arduas labores de trabajo para rescatar lo poco que quedaría.

Al mediodía, cuando sobre el cielo tigrero unas coquetas nubecillas comienzan a danzar alegremente al vivo de una brisa suave y fresca que hacía presumir una devastadora lluvia torrencial, estaba el escritor a la espera del prepotente y altanero empleado, rodeado de una gama de personajes "sobachaquetas", atendiera su petición, pero el impersonal hombrecillo ocupa en una larga conferencia, cometía la impudencia de hacer críticas descomedidas contra quienes se toman actitudes valentonas y enérgicas, basadas en el temple de una persona cuando se entera de la cháchara entrañable y tiene que morderse la lengua para no empezar a gritar una serie de exclamaciones irrespetuosas, parecía desconocer la presencia del escritor. Este, con la decencia y la pasión que lo caracteriza, aburrido por tanta demora, se aleja silenciosamente hasta el viejo ventanal y desde allí observa con preocupación, que la pertinaz llovizna se había convertido en un torrencial aguacero, con truenos y relámpagos. Los arroyos vomitaban su veneno sobre las casas indefensas anegándolas por completo.

Al poco rato un enjambre de aplausos y silbidos, le hizo volverse de frente. Allí estaba el anciano obeso con su sombrero vueltiao, descalo y sin camisa y con el calzón impregnado de barro, haciendo su show. El viejo, luego de extraer del

bolsillo de su pantalón un horripilante ciempiés de regular tamaño, jugueteaba humorísticamente con el con el miriápodo lanzándolo ágilmente al aire para luego capturarlo por la cabeza con su mellada boca. Luego del insólito espectáculo, tomó un taburete y con la base de un jarrón lo aplastó con una furia endiablada hasta hacerlo pedazos.

- Como observar, plumífero escritor, esto que se ha realizado no es cosa de chiflados sino del puro arte del hombre creativo quien se tiene que inventar alguna extravagancia para sobresalir entre tantas bestias. Algunos ignorantes creen que soy un lunático primitivo porque realizo estas proezas aprovechando la presencia del visitante pero, mi aprendiz charlatán, no lo hago con aquellos que tienen la facultad de escribir en cualquier paliducho papel para que los de cuello blanco se enteren de nuestros problemas. Claro está que a ese hijuemadre de alta alcurnia, desde que el mundo, sabe de la necesidad de los pobres; pero como cada cual roba a su modo, el pueblo es "pasado por la faja". Mire usted esas caras paliduchas y desencajadas, en ellas se refleja la física hambre del necesitado. Todos ellos esperan la milagrosa limosna del corrupto politiquero.

- En cambio aquel empleaducho que hace de payaso, una marioneta sin control, sonrío a carcajadas sueltas porque el muy miserable tiene la tripa llena. Y qué decir de aquella mujercuela con su cara impregnada de pintura que semeja una máscara horrorosa de carnaval. Ella, aparentemente es la secretaria privada del alcalde, pero en realidad es la amante de todos los concejaluchos que

conforman todos ese enjambre de rateros, esto le ofrece al poder para vagabundear todo el tiempo por las oficinas chismorreándole la vida a todo el mundo... Y para qué hablar de todos estos infelices que nos rodean sin la mayoría se alimenta de las migajas que arroja el tribunal de burgomaestre.

No se alarme con toda esta partida de pendejos traga-enteros, ni con mis palabronas de vieja resentida. Lo que ocurre es que yo soy un hombre viejo, inclemente y duro con mis enemigos, inclemente al ataque de los corruptos y casi inaccesibles al dolor. Me creo fuerte, varonil. Sin embargo hay momentos en que las lágrimas se me aprietan en los ojos y me vuelvo demasiado sentimental como una colegiala recién llegada al internado, sólo de saber que mi pobre terruño donde he dejado mi juventud, recorriendo los barrios pobres donde se baila la cumbia y se agita una vida alegre pintoresca y extraña, sea administrada por un huevón incompetente que no muestra la cara ante semejante problemón.

Si llegó usted desde lejos a entrevistar al mamarracho que tenemos por alcalde, puede marchar por donde vino; ese tiburón no saldrá nunca de su madriguera.

El escritor convencido de que en realidad era imposible hacerle la entrevista al escurridizo personaje, invitado por el viejo morisquetero de carácter indomable; marchó con él rumbo a su vivienda; un ranchito al que sólo se ingresa agachado, plantado a la orilla de una sabana deforestada donde en épocas



lejanas pastoreaban los grandes rebaños de venado cimarrón, manada de saínos y briosos conejos que atropellaban a los traviesos muchachitos que salían a su caza.

De regreso a la ciudad, bajo un descomunal aguacero, recorriendo con su destartado vehículo un camino casi intransitable, entre asombro y pesadumbre, llegaba a la culebreada carretera asfaltada a medias. Atrás quedaba la cerca de alambre de púas rodeada de inmensos follajes verdes donde se levantaba un mísero caserón con improvisada enramada que servía para guarecerse de las arremetidas del sol y del invierno.

A lo lejos, un pueblucho desolado apegado a la esperanza de que su burgomaestre le resuelva las necesidades prioritarias para seguir siendo felices al lado de sus respectivas parejas y su cuadro de hijos, sus perros andrajosos y flacuchentos y hasta el loro sarnoso y parlanchín que habita a escondidas entre los arbustos de la triste plazoleta.

**FIN**